

de una entidad situada por encima de la patria-, no se percibe como algo extraño la existencia de una entidad superior. Por ello demostraron su preferencia por el sí. Una diferencia similar se constata en Alemania entre regiones de tradición católica (oeste y sur), y regiones de tradición luterana. Ernest Bevin decía que para un inglés era impensable que pudiera haber una autoridad superior a la del Parlamento británico. Afirmación ésta que en el mundo anglicano se extiende también a las cuestiones religiosas, fenómeno desconocido en el mundo católico. Las claras respuestas tan distintas de los referéndums sobre la vinculación a Europa celebrados en Irlanda y en Dinamarca no tienen un cariz meramente económico. Pesa sobre todo, el elemento identitario y la profunda concepción que se tiene de la soberanía.

Las dos tendencias, la demócrata-cristiana -potenciada por los efectos de una guerra terriblemente devastadora- y la laica, más capaz de conectar con los partidos socialistas y con los sindicatos-, se complementaron adecuadamente en aquel comienzo. Con una complementación que fue, sin duda, una de las importantes claves del éxito.

### Los padres católicos de Europa.

Hubo, en dicho impulso inicial, tres grandes personajes que destacaron tanto por el puesto relevante que ocuparon como por las características acendradamente católicas con las que desplegaron su acción política. Nos referimos a Robert Schuman, a Konrad Adenauer y a Alcide de Gasperi. Dichas características aparecen en los libros más íntimos que escribieron. Robert Schuman no escribió memorias aunque en muchas ocasiones le pidieron que lo hiciera. Tiene, sin embargo, un libro titulado *Pour l'Europe*, que es una obra sobre la vertiente pública de su personalidad. Schuman fue un hombre que tuvo poca vida privada. Ello se debe, en una buena parte a que careció de familia "¡Pasaba sus fines de semana en solitario!"<sup>4</sup>. La familia da a la vida privada, en muchas ocasiones, una dimensión notablemente sugestiva. En la personalidad de Schuman aparece un aspecto de vida íntima de carácter profundo del que se pasa a la vida pública. En medio del tráfago de la acción política que le tocó llevar,

<sup>4</sup> MONNET, Jean. *Memorias*. Madrid. Ed. Siglo XXI. 1985. p. 294.

Robert Schuman vivió siempre como un monje<sup>5</sup>.

Konrad Adenauer sí que escribió unas extensas e importantes *Memorias*. Adenauer, ha tenido además, varios biógrafos. El carácter católico de su personalidad se muestra en una vida privada extraordinariamente rica. En muchos sentidos, se trata de una personalidad opuesta a la de Schuman. Si Schuman fue un monje, Adenauer fue un gran hombre de mundo. La vida ciudadana, la economía, la política, desde que fue el más joven alcalde de Colonia hasta que llegó a ser el más viejo canciller de Alemania, le mantuvieron siempre en un plano público extraordinariamente brillante<sup>6</sup>.

Alcide de Gasperi no tiene memorias. Acerca de él, sin embargo, contamos con una biografía que viene a ser algo muy cercano a las memorias. Es una biografía escrita por su propia hija que fue su secretaria en los importantes puestos políticos que ocupó. Está redactada con un estilo agradable y vivaz y elaborada no sólo sobre los recuerdos de hija y de colaboradora íntima sino utilizando también la abundante correspondencia que De Gasperi había tenido a lo largo de su vida<sup>7</sup>. La personalidad de De Gasperi estuvo muy ligada a la Santa Sede en cuya biblioteca tuvo un puesto de trabajo nada más crearse el Estado de la Ciudad del Vaticano. Llegó a ser secretario de la misma hasta el fin de la guerra. Habiendo dejado de ser austriaco por haber pasado el Tirol de sur, su tierra natal, a Italia, como consecuencia de la I Guerra Mundial, y siendo enemigo frontal del fascismo, fue en el Vaticano en donde encontró el refugio apropiado hasta que terminó la terrible contienda. Los tres líderes mencionados sintonizaron con el programa europeísta de los pontífices, particularmente el de Pío XII.

### El peso del factor cristiano.

Schuman, una personalidad particularmente atraída "por la ley cristiana de una noble pero humilde fraternidad"<sup>8</sup>, estaba

<sup>5</sup> SCHUMAN, Robert. *Pour l'Europe*. París. Nagel. 1963.

<sup>6</sup> ADENAUER, Konrad. *Mémoires*. París. Hachette. 1965. Entre las biografías de Adenauer seleccionamos: WEYMAR, Paul. *Adenauer* (de carácter muy completo). Y ROVAN, Joseph. *Konrad Adenauer*. Beauchesne. París 1987 (en donde se destaca la dimensión que estudiamos en esta comunicación).

<sup>7</sup> DE GASPERI, Maria Romana Catti. *De Gasperi, uomo solo*. Arnoldo Mondadori Ed. (Italia). 1964.

<sup>8</sup> SCHUMAN, R. Op. cit. pp. 44.

convencido de que la democracia es una idea radicalmente cristiana. Aunque reconocía que la exigencia del respeto a los derechos humanos fue llevada a la práctica por los racionalistas del siglo XVIII, era para él, un logro de la más pura esencia evangélica. De forma contundente llegó a decir: *“la democracia será cristiana o no será”* <sup>9</sup>. Por ello, cuando hablaba del influjo que la civilización occidental debía realizar en el resto del mundo para expandir la democracia, lo hacía con espíritu misionero. Este cuadro se completa diciendo que fue un profundo admirador de la Iglesia por la *“inmensa autoridad moral”* con que contaba y por *“el alto valor de su enseñanza que ningún otro sistema filosófico ha podido alcanzar hasta el presente”* <sup>10</sup>. Con un trasfondo así, era obvio para Schuman, que el cristianismo debiera estar en todos los campos de la vida humana -consiguientemente también, en el campo europeo-, impregnándolos de su espíritu y de sus principios.

Los rasgos de creyente de Alcide de Gasperi aparecen muchas veces en sus discursos, artículos y correspondencia. Los de practicante, en su biografía. Acerca de su relación entre su firme convicción religiosa y su vocación política, su hija y biógrafa, María Romana Catti, afirmaba que su padre sentía fuertemente la pasión política y que su conciencia cristiana le servía para imponer en ella el freno de la moderación. Al igual que Schuman, De Gasperi tenía también un íntimo convencimiento de que el cristianismo debía ser el fundamento de la renovación de toda la vida social. Contra aquellos que, tras caer el fascismo, hubieran querido ver la resurrección del partido popular, De Gasperi insistió en la utilización del nombre Democracia cristiana. Estaba convencido de que no se podía actuar en la reconstrucción social sin apelar a la tradición y a la moral del cristianismo<sup>11</sup>. El impulso profundo de la democracia era, para De Gasperi, *“aquel amor que socialmente se llama fraternidad y que exige el espíritu de sacrificio al servicio de la comunidad”*<sup>12</sup>. Consideraba que para defender y preservar la vida social y económica de la corrupción y para lanzarla hacia una mejor justicia había que introducir en ella el fermento evangélico. *“Sólo en el campo de la ideología cristiana -escribe su hija-, buscaba la solución posible a todo problema”*<sup>13</sup>, negando

<sup>9</sup> SCHUMAN, R. Op. cit. pp. 70.

<sup>10</sup> SCHUMAN, R. Op. cit. pp. 71.

<sup>11</sup> DE GASPERI, M<sup>a</sup>. R. C. Op. cit. pp. 380.

<sup>12</sup> DE GASPERI, M<sup>a</sup>. R. C. Op. cit. pp. 381.

<sup>13</sup> DE GASPERI, M<sup>a</sup>. R. C. Op. cit. pp. 388.

inspirarse en los programas de otras ideologías no cristianas.

De Konrad Adenauer, dice su biógrafo Joseph Rován, que él no fue nunca propenso a dar noticias sobre su propia vida íntima <sup>14</sup>. Pero los datos que ofrecen sus biógrafos sobre su creencia y su práctica católica son muy significativos y elocuentes.

Para Adenauer, los derechos humanos, tal como aparecen en la Declaración Universal de 1948 se han desarrollado a partir de la concepción cristiano-humanista del mundo. Se encuentran en ella los derechos a la libertad personal desde la dignidad de la persona humana hasta la forma democrática del estado que tiene el derecho a llevar tal nombre. Los bienes irremplazables que tenemos como el de la paz y el de la libertad nacieron de nuestra enseñanza cristiana <sup>15</sup>. Los valores de Adenauer se originan a partir de la idea de que todo hombre posee derechos establecidos por Dios fundados sobre el derecho natural. La dignidad y la libertad del hombre individual deben ser respetados y no violados por nadie. Esta idea, desarrollada en el curso de los siglos a partir de su fundamento cristiano, es el elemento nuclear básico con el que Adenauer se identifica. Fue la que le motivó a sustituir al partido del *Zentrum* por la democracia cristiana. Adenauer, ya en 1945, tras la terminación de la guerra, dio el golpe de gracia al viejo partido. Le parecía que el *Zentrum*, más que cristiano era moderado. Los principios que Adenauer quiso que prevalecieran en la CDU fueron: la sustitución del materialismo por la ética cristiana, el establecimiento de los derechos y deberes del hombre, la protección a la familia, la renuncia a los experimentos de la economía socialista que pone el poder económico y político en manos del estado, destacando por el contrario la dimensión social de la economía liberal.

### La construcción cristiana y Europa.

Schuman concibió a Europa a partir de un profundo respeto por las naciones y por las fronteras. En manera alguna pensó que hubiese que fusionar los estados creando un superestado nuevo ni que borrar las fronteras étnicas y políticas. Lo que había que hacer era añadir a la vocación natural de cada nación con respecto a sus propios nacionales, la vocación de expandirse en lo supranacional. Dicha expansión incluía la organización de una defensa europea común y la

<sup>14</sup> ROVÁN, Joseph. Op. cit. pp. 18.

<sup>15</sup> ROVÁN, Joseph. Op. cit. pp. 80 - 81.

solución entre todos, de los problemas que un estado aislado no puede ya solucionar. Numerosos problemas de carácter económico y social sólo podían resolverse con acciones comunes. Las fronteras debían para Schuman dejar de ser barreras que separan para convertirse en líneas de contacto. El aspecto comunitario más importante de Europa era el cultural en cuya construcción había que emplear sobre todo, la libre circulación de ideas y de personas. La escuela y la prensa eran los dos instrumentos más útiles y valiosos para lograrlo<sup>16</sup>.

Desde el punto de vista estratégico, Alemania y Francia eran para Schuman, las piezas clave sobre las que debía fundamentarse la unión de Europa. Sobre Alemania tenía Schuman unas ideas muy francesas. "*Desde que Alemania entró en la historia -escribió-, hay una cuestión alemana*"<sup>17</sup>. Se trataba de un país de tradición poco democrática, eternamente insatisfecho, convencido de que Dios le había reservado misiones providenciales. Un pueblo que se sentía superior a las demás naciones. Schuman creía que Alemania había sido siempre para los otros una amenaza más o menos latente. Pero a pesar de toda esa concepción heredada del pasado, Schuman confiaba en la nueva situación aparecida después de la guerra. Los factores que le movieron a confiar en el cambio de Alemania de cara al futuro fueron estos tres :

- el que la sociedad alemana tendía a aceptar la orden de mando. Cuando dicho orden fue imperialismo y militarismo, aceptó el imperialismo y el militarismo. Ahora que la orden era cooperación, Alemania la acepta la cooperación como las recientes experiencias demuestraban.
- la experiencia de su indiscutible derrota sufrida en la guerra.
- el fuerte sentido comunitario que la sociedad alemana por naturaleza tenía.

Tras examinar los logros de la OEEC, del Consejo de Europa, de los Pactos de Dunkerke y de Bruselas y del Tratado creador de la OTAN, Schuman se mostró persuadido de la necesidad que existía de crear una institución que se situara más allá y por encima de la soberanía nacional. No bastaba la integración económica. Resulta curioso ver cómo Schuman intuyó lo que después se llamó la Cooperación política<sup>18</sup>. En el proceso debería llegarse a que las

<sup>16</sup> SCHUMAN, R. Op. cit. pp. 48.

<sup>17</sup> SCHUMAN, R. Op. cit. pp. 85.

<sup>18</sup> SCHUMAN, R. Op. cit. pp. 17.

decisiones no se tomaran por unanimidad sino por mayoría.

Ya dijimos que la vivencia cristiana era, para De Gasperi, la base de la solidaridad social. En esa perspectiva es donde aparece uno de los fundamentos más sólidos de su europeísmo. Realizar la unidad de Europa era para él, "*la única verdadera mejora económica de las clases más pobres*"<sup>19</sup>. Frente al internacionalismo socialista propugnaba el europeísmo. La unidad europea será un "*elemento vital para la clase trabajadora porque ella encontrará más fácilmente la propia inserción en el tejido social cuando tenga un ámbito más espacioso*"<sup>20</sup>.

La idea germinal más primitiva de la unidad europea ya la encontramos en Adenauer en el discurso que pronunció el 12 de junio de 1919 con motivo de la reapertura de la Universidad de Colonia. Aquí desarrolló la idea de que los pueblos europeos, más allá de la conservación justificada de lo que les era propio debían desarrollar lo que era común a la cultura europea. Los pueblos debían unirse a partir del acercamiento cultural previniendo así el peligro de una nueva guerra. Era éste uno de los objetivos primordiales de la Universidad : mostrar y transmitir todo lo emparentado y parecido que hay en la esencia de toda la cultura europea. Adenauer destacaba que, entre los pueblos europeos, los aspectos comunes eran más que los diferenciadores. (21)Después de la II Guerra Mundial estas ideas no sólo se desarrollaron sino que se llevaron a la práctica cuando la RFA entró en el Consejo de Europa y aceptó la Declaración Schuman (22).

### El padre laico de Europa.

Jean Monnet sólo fue algo más joven que los dirigentes europeístas de los que antes hablamos. Sin embargo, no puede dejar de reconocerse que, psicológicamente hablando, tenía los rasgos propios de la generación posterior. Monnet -en contraste con los que hemos llamado los padres católicos de Europa-, nada nos dice de sus creencias religiosas. Sus *Memorias* están escritas desde una perspectiva totalmente secular. La información que nos da de que su madre era católica la ofrece como dato meramente anecdótico encargándose muy bien de destacar cómo eran las actividades laicas

<sup>19</sup> DE GASPERI, M<sup>a</sup>. R. C. Op. cit. pp. 392.

<sup>20</sup> DE GASPERI, M<sup>a</sup>. R. C. Op. cit. 393.

<sup>21</sup> ROVAN, Joseph. Op. cit. pp. 85.

<sup>22</sup> WEYMAR, P. Op. cit. Cap. XXXV.

de su padre a las que dedicaba los domingos. Cuando en alguna ocasión Monnet se sitúa ante la muerte, lo hace desde una perspectiva totalmente independiente de las creencias religiosas. .

Las *Memorias* de Monnet son un excelente libro sobre la práctica y la teoría de la acción. La visión que tiene de la política internacional es la del estratega. Ella destaca de manera muy especial en el primer capítulo de su libro dedicado al recuerdo de lo que hizo cuando Alemania y Francia empezaron a unirse como consecuencia del ataque alemán iniciado el 10 de mayo de 1940<sup>23</sup>.

La lectura detenida y reflexiva de su libro nos aporta una serie de principios sobre la acción enormemente enriquecedores. Si Schuman, Adenauer y de Gasperi justificaban la acción principalmente desde el valor cristiano de la fraternidad, nada de ello encontramos en Monnet. Lo que está en la base de la acción monnetiana es el interés, la técnica, la pasión por la consecución de objetivos a través de unos métodos poderosamente creativos y del todo calculados llevados a término con una *"tarea pedagógica incansablemente repetitiva"*<sup>24</sup>. El elenco de máximas sobre cómo realizar la acción jalonan todo su libro sin desperdicio alguno. Elijamos algunas de ellas: *"La reflexión no puede separarse de la acción"*<sup>25</sup>. *"Primero tener una idea y después buscar al hombre con poder para ponerla en práctica"*<sup>26</sup>. *"Es más fácil hacer máquinas que rehacer mentalidades"*<sup>27</sup>. *"Todo es posible si uno sabe concentrarse en un punto preciso que arrastre todo lo demás"*<sup>28</sup>. *"Nadie sigue de buen respeta en uno es el del poder organizado o el de la legitimidad grado a un hombre solo y, aun sin ser conscientes de ello, el prestigio que que uno encarna"*<sup>29</sup>. Valoraba mucho Monnet -y aquí vuelven a aparecer los aspectos técnicos de su talante de psicólogo-, *"la fuerza de las ideas sencillas, expresadas lisa y llanamente y repetidas invariablemente de la misma forma. Desarmar al menos la desconfianza que es la principal fuente de malentendidos"*<sup>30</sup>.

<sup>23</sup> MONNET, Jean. Op. cit. pp. 3 - 21

<sup>24</sup> MONNET, Jean. Op. cit. pp. 315.

<sup>25</sup> MONNET, Jean. Op. cit. pp. 25.

<sup>26</sup> MONNET, Jean. Op. cit. pp. 38.

<sup>27</sup> MONNET, Jean. Op. cit. pp. 271.

<sup>28</sup> MONNET, Jean. Op. cit. pp. 280.

<sup>29</sup> MONNET, Jean. Op. cit. pp. 402.

<sup>30</sup> MONNET, Jean. Op. cit. pp. 316.

## La construcción laica y Europa.

A partir de una personalidad como la de Monnet el trabajo que él imprimió en la construcción de Europa se hizo siempre desde una perspectiva laica. Despreocupado de las creencias que para sus compañeros fueron tan fundamentales, Monnet estaba convencido de que *"Europa sólo se formaría por medio de la acción"*<sup>31</sup>. Su intuición de que se debía empezar por el carbón y por el acero, está muy claramente recogida en sus *Memorias*: *"el carbón y el acero, eran la clave, a la vez, del poderío económico y del arsenal donde se forjaban las armas de la guerra. Este doble poder les daba entonces un formidable significado simbólico ya olvidado, semejante al que reviste hoy en día la energía nuclear. Fusionarlo por encima de las fronteras sería privarlos de su prestigio maléfico, convirtiéndolos por el contrario en garantía de paz"*<sup>32</sup>. El texto de la Declaración del 9 de mayo de 1950 fue elaborado por el mismo Monnet en su casa de Montfort d'Amaury ayudado por Reuter y por Hirsch. Así nació el Plan Schuman de resultados tan positivos y tan espectaculares. A ello siguió la elaboración del Tratado CECA durante cuyas negociaciones se le ocurrió llamar a aquel objetivo *"Comunidad Europea"*<sup>33</sup>. Luego se dieron otros pasos dentro del marco que bautizó con el nombre de *"Comité de acción de los Estados Unidos de Europa"*: la búsqueda de la adhesión de los socialistas y de los sindicatos (Monnet realizó un esfuerzo permanente en favor de dicho objetivo), las difíciles relaciones con el General De Gaulle, el ingreso de Gran Bretaña en la Comunidad, hasta la formación del Consejo Europeo con el que Monnet acaba sus *Memorias*.

## Una mención acerca del factor de la comunicación.

La manifestación más visible del peso que lo católico tuvo en el ámbito de la comunicación, al principio de la construcción de la unidad europea, fue la de un símbolo: el de la bandera de Europa. Dos aspectos hay que tener en cuenta al tratar de ella. En primer lugar, la

<sup>31</sup> MONNET, Jean. Op. cit. pp. 429.

<sup>32</sup> MONNET, Jean. Op. cit. pp. 288.

<sup>33</sup> MONNET, Jean. Op. cit. pp. 316.

formalidad con que se hizo la elección. Fue el resultado de un concurso convocado en 1950 por el Consejo de Europa. Ganó uno de los diseños presentados por Arsene Heitz, artista de mentalidad y actitudes muy cercanos a los de Schuman. En segundo lugar, el interés que operó bajo aquella formalidad. ¿Fue la simple inspiración del artista? ¿Recibió alguna sugerencia previa?. No es fácil saberlo. Lo cierto es que una vez realizado el concurso no hubo posturas encontradas como sucedió después con el día de Europa sino que los delegados de los ministros europeos fecharon la adopción el día 8 de diciembre de 1955, lo que bien puede hacer sospechar de la existencia de cierta intencionalidad.

Esta fue la elección de un medio de comunicación tradicional. Las *Memorias* y las biografías de Schuman, de Adenauer y de De Gasperi, no dejan ver que ninguno de estos tres dirigentes diera la adecuada importancia a la utilización de los medios de comunicación. El que en el *Quai d'Orsay* se olvidaran de llamar a los fotógrafos y a la radio el día de la Declaración Schuman del 9 de mayo de 1950, es probablemente, algo más que una anécdota. Monnet cuenta en sus *Memorias* que la fotografía que suele utilizarse para evocar aquel encuentro fue hecha en una ocasión posterior a la que se prestó Schuman<sup>34</sup>. En cambio, quien da la adecuada importancia a los medios de comunicación para influir en la opinión pública a propósito de determinadas ideas o hechos, fue Jean Monnet. El nos cuenta que en aquel día 9 de mayo, se dedicó a convencer a los editorialistas de los grandes periódicos que de esa forma, "en sus artículos, saludaron el acontecimiento como se merecía"<sup>35</sup>. En cierta ocasión Monnet manifestó que si bien los grandes periodistas obtenían de él informaciones sobre Europa, era también mucho lo que le aportaban a él desde esas atalayas conectadas con el mundo entero como son las grandes agencias y los grandes rotativos y emisoras<sup>36</sup>.

### Conclusión : el nexo entre las dos actitudes generacionales.

No son pocos los rasgos que hallamos en las *Memorias* de estos cuatro constructores de Europa en los que aparece el nexo intergeneracional que es a la vez punto de unión de una ideología

<sup>34</sup> MONNET, Jean. Op. cit. pp. 298.

<sup>35</sup> MONNET, Jean. Idem.

<sup>36</sup> MONNET, Jean. Op. cit. pp. 266.

originada en los principios cristianos y un sentido eminentemente pragmático. Una unión formada por nuclearmente por la conexión que Monnet tuvo con Adenauer. Con respecto a Schuman, Monnet intuyó que -entre los políticos franceses-, era el más indicado para lanzar el proyecto CECA que él venía elaborando desde hacía muchos años. A pesar de su falta de brillantez y de su carencia de capacidad persuasoria, Schuman valía no sólo por el cargo que ocupaba sino también por la confianza que tenía en que Alemania había cambiado de actitud y por estar persuadido de que a Francia le tocaba el hacer las propuestas adecuadas para superar las situaciones que habían llevado a la II Guerra Mundial. Sus valores morales le impulsaban decididamente a ello. Otro personaje de los que hemos elegido, De Gasperi, era valorado por Monnet a partir del profundo acuerdo que tenía con Adenauer y con Schuman<sup>37</sup>.

Pero la relación más efectiva que fue la que existió entre Monnet y Adenauer. Ambos declararon por separado, cada uno en sus respectivas *Memorias*, que se sentían mutuamente muy coincidentes<sup>38</sup>.

En el primer encuentro que Monnet y Adenauer tuvieron en Bonn para hablar del proyecto CECA, Monnet destacó hábilmente ante el canciller que la propuesta francesa tenía incluso, junto a la dimensión técnica, "un aspecto que podríamos llamar moral"<sup>39</sup>. Adenauer que, después de la guerra se había relacionado con aquellos grupos de alemanes y franceses del Rearme moral, asistiendo incluso a las reuniones de Caux<sup>40</sup>, se sintió impresionado en lo más íntimo de su conciencia y manifestó: "esta empresa, en su aspecto más elevado pertenece al orden moral. Es la responsabilidad moral que tenemos para con nuestros pueblos y no la responsabilidad técnica la que debemos ejercer para realizar esta gran esperanza"<sup>41</sup>.

Tal vez éste fue el punto de conexión más profundo. En dicha base se apoyaban otros aspectos como la persuasión de que Alemania debía ser tratada en un marco de igualdad y que debía renunciar a tener una fuerza militar propia, participando, por el contrario, en un

<sup>37</sup> MONNET, Jean. Op. cit. pp. 374

<sup>38</sup> MONNET, Jean. Op. cit. pp. 304

<sup>39</sup> MONNET, Jean. Op. cit. pp. 303.

<sup>40</sup> LUTTWAK, Edward. "La reconciliación franco-alemana: el desconocido papel del Movimiento por el Rearme Moral". JOHNSTON, D. y SAMPSON, C (eds). *La Religión, el factor olvidado en la solución de conflictos*. Edición española preparada por Ramón ARMENGOD y Santiago PETSCHEN. Madrid. PPC. 2000. pp. 75 - 102.

<sup>41</sup> MONNET, Jean. Op. cit. pp. 304.

ejército europeo<sup>42</sup>. Otras cuestiones se fueron convirtiendo después en coincidencias entre los demócrata cristianos y Monnet. Que la cooperación entre naciones, por importante que fuera, no resolvía nada<sup>43</sup>, y que había que "descartar cualquier organismo de naturaleza intergubernamental"<sup>44</sup>.

Estas fueron los dos tipos de aportaciones que, bien relacionadas, fueron capaces de dar el impulso inicial de la unión de Europa. Para el proyecto de Monnet resultó clave su amigo Adenauer, hombre que marcaba toda una era nueva pues significó una renovación orgánica de la política alemana, con raíces profundas a la vez "en las tradiciones más valiosas y en las nuevas concepciones que desbordan ampliamente el marco nacional"<sup>45</sup>.

<sup>42</sup> MONNET, Jean. Op. cit. pp. 337.

<sup>43</sup> MONNET, Jean. Op. cit. pp. 308.

<sup>44</sup> MONNET, Jean. Op. cit. pp. 318.

<sup>45</sup> MONNET, Jean. Op. cit. p. 95.

## RECORDANDO A ROBERT SCHUMAN, 50 AÑOS DESPUÉS. CON BREVE REFERENCIA A ESPAÑA.

Alberto J. Lleonart Amsélem  
Instituto de Historia (CSIC)

### Cuestiones Introdutivas

¿Fue el fenómeno de la "unidad europea" un desafío, una contestación al dramático contexto europeo de la Guerra Fría? ¿Seguirá la historia europea por este camino o peregrinaje de etapas integradoras o, por contra, volverá la sociedad política europea a la división, al sistema de Estados puro y duro, al fatalismo y fanatismo nacionalista y nacionalizador? (...). Son, en general, incógnitas esenciales que permanecen. Las dos guerras mundiales, la Guerra Fría y tantas otras de este siglo XX, ¿no han sido suficientes pruebas de hasta dónde pueden llegar las manifestaciones y los movimientos nacionales? (Los nacionalismos, buenos en sí, se vuelven peligrosísimos en múltiples ocasiones, como demostraron Hitler y otros muchos). Existen motivos para juzgar o confiar en que Europa ha tomado conciencia y que es mejor unirse en paz que guerrear y fragmentarse, y que más vale convivir interdependientes que levantar muros y fronteras de muerte.

A la época, finales de los 40 y comienzos de los 50, como era bien sabido, el futuro de Europa era imprevisible.<sup>1</sup> Con la Guerra Fría, librándose en pleno furor, las fatales palabras "tercera guerra

<sup>1</sup> La ONU y Europa registraron muy pronto la rivalidad entre ambos bloques. El noruego Tryve Lie, Secretario General de la Organización, lanzaba en 1947 frases tan dramáticas como ésta: "Se dice a menudo, demasiado a menudo, que nos encaminamos a un nuevo desastre". Y en el mismo informe añadía (convencido o a modo de advertencia): "No creo que la presente situación del mundo sea tan amenazadora como se asegura con frecuencia". (*Memoria Anual*, 30 de junio de 1946-4 de julio de 1947, págs. VI y VII). Impresionante que a dos años desde la "rendición incondicional" del Tercer Reich una nueva sombra de guerra (¿europea, mundial?) estuviera alargando entre las grandes potencias ex-aliadas de la II Mundial. Otras crisis no dejarían de acentuar este semi estado de guerra tras el bloqueo de Berlín-Oeste (febrero 1948-mayo 1949), donde el Secretario General volvió a alertar sobre nuevos riesgos. El kafkiano "golpe de Praga" (21-22 de febrero de 1948) será otra grave en este creciente deterioro inter-europeo, siendo Checoslovaquia "bastión de Europa" entre el Este y el Oeste. TOYNBEE, A.: *The realignment of Europe. (La Postguerra)*. Barcelona, 1956, pp. 310 y sigs.

mundial" no eran extrañas para nadie. Europa, entre la rivalidad USA/URSS (en tanto "lucha por la hegemonía" y lucha ideológica) era una zona agitada del mundo bajo el miedo y la sospecha ("era de la sospecha", como también ha sido caracterizada aquel status mixto de guerra y paz). ¿Se hundía Europa, una parte notable de una civilización? <sup>2</sup>.

Hacia 1950, diríase, resurge el genio europeo, la intuición y la imaginación profundas. Partió de Francia, de Jean Monnet, el planificador, y de Robert Schuman, el político. Monnet, comisario general del plan de modernización, fue entre los primeros en ver la respuesta basada en "*une unité européenne*".

Schuman fue el político, ciertamente, pero también había sido un estudioso y hombre de letras. A él correspondió concretar y publicitar el proyecto <sup>3</sup>.

La idea de la unidad tenía una larga, fracasada historia, - fracasada por las armas (Napoleón, Luis XIV, Carlos V, Carlomagno...) - y también fracasada en el terreno de la teoría y de los diseños de hombres de Estado, filósofos, juristas, escritores, etc. Ahondando en el tiempo antiguo podríamos remontarnos al pensamiento de la "*civitas maxima*" de los estoicos, y repasar la historia hasta llegar a Kant y a otros contemporáneos escritores políticos y estadistas (como Wilson, Briand, Churchill,...). El enlistado es largo, testimonio de hombres utópicos, soñadores, pero por otro lado pragmáticos e interesados en encumbrar a tal rey o príncipe o a tal nación<sup>4</sup>.

Ahora, parecía justo y oportuno el relanzamiento exitoso de la idea, a un nivel muy concreto, donde los sentimientos políticos juegan con los intereses comunes. El evento corrió a cargo de Robert Schuman, a la sazón ministro de Asuntos Exteriores (*Quai d'Orsey*, Declaración y rueda de prensa de 9 de mayo de 1950). Tal Declaración aparece como fuente material y espiritual de un gran proyecto, en cuyo fin, entre planos más distantes, sombreaba el perfil claro de

<sup>2</sup> "¿Estamos asistiendo al hundimiento de nuestra civilización?" Sobre estas cuestiones referidas a la "crisis" de la cultura europea, extensible a las relaciones internacionales, GARRATY, J.A., GAY, P. en el colectivo *Historia Universal. La Edad Contemporánea*, (Columbia History of the World). T. 5, Barcelona, 1981, pp. 323-6

<sup>3</sup> POIDEVIN, R: *Robert Schuman, homme d'Etat 1886-1962*. París. Imprimerie Nationale. 1986, pp. 275 y sigs.

<sup>4</sup> Una relación de escritores, estadistas y proyectos históricos en nuestro "Estudio Preliminar. España y la Organización internacional: historia doctrinal y praxis" en *España y ONU. Vol. I (1945-46)*. Madrid. CSIC, 1978, pp. XXVII-LXXXV.

la reconciliación franco-alemana y la idea de Europa. Un año después tendrá lugar el Tratado de París de 18 de abril de 1951, instituyente de la CECA (Comunidad Europea del Carbón y del Acero), en vigor desde 1952, piedra angular de otros futuros, sucesivos tratados comunitarios, cimiento de la nueva Europa <sup>5</sup>.

### El Tratado de París: la CECA

El objetivo de la CECA, primera organización que se pretende "supranacional", es integrar y unificar la producción y mercados de esos dos grandes sectores industriales sobre seis países democráticos (tres grandes y tres pequeños). Pero no sólo se trataba de un "pool" o de una entente comercial o económica, o de una especie de zona de libre cambio o de una fusión o de una multinacional. El proyecto schumaniano, materializado en el tratado, guardaba en el fondo, específicamente, objetivos políticos. De un lado, representaba un medio o instrumento de disuasión frente a las amenazas o presiones de la Unión Soviética. Pero no era en absoluto un organismo ofensivo o agresivo. El propio Schuman, doliéndose ante la actitud antioccidental de los desconfiados delegados soviéticos, se defendía así en la Asamblea General de la ONU:

*"Esperábamos que el carácter pacífico de esta iniciativa (por la CECA) no fuera puesto en duda por nadie (...) y he aquí que una vez más se nos reprocha haber tenido fines belicosos, preparar la guerra, cuando queríamos consolidar la paz"*  
<sup>6</sup>

De otro lado, no era sino un iniciático, ambicioso diseño en vista a una supuesta federación europea. Una parte de la filosofía del proyecto podría resumirse, si fuera posible ser resumido, en aquellos reproducidos términos de la Declaración: "*L'Europe ne se fera pas d'un coup*", apostillando, significativamente, sino de "*réalisations concrètes*" - términos que volverán a repetirse en el preámbulo, párrafo

<sup>5</sup> El texto utilizado para la "Déclaration Schuman" en el corpus de COLLIARD C.A. y MANIN, A., *Droit International et Histoire Diplomatique. Documents choisis. T.II. Europe*. París. CNRC, 1970, pp. 306-8.

<sup>6</sup> *Informe de la Primera Comisión (Asamblea General). Documentos Oficiales de Naciones Unidas. Anexos 1951-52*, pp. 236. Una descripción y ampliación del debate en LEONART, A.J.: *España y ONU. Vol. I (1951)*. Madrid. CSIC, 1996, pp. 46-8.

cuatro del tratado<sup>7</sup>. Esta Comunidad sería pues esa concretez o inmediatez, esa primera realidad.

Volviendo a la celebrada Declaración, fuente, como decíamos, del tratado, hay aquí en este mensaje, unas palabras-clave, cuando, como profetizando, dirá Schuman: "colocará los primeros cimientos concretos de una Federación europea indispensable para preservar la paz"<sup>8</sup>. Nada de esto, sin embargo, dice el tratado, si bien los últimos párrafos preambulares del mismo pudieran ser interpretadas en tal sentido. Había desde luego otros motivos, uno de los cuales pocas veces se alude a él, tal vez por discreción o pudor diplomáticos o por ser inconfesable. Adviértase que el carbón y el acero - objetivos principales del Plan - son dos productos base constitutivos de toda industria militar pesada. Poner este conjunto carbono-siderúrgico bajo una "Alta Autoridad común"<sup>9</sup>, órgano máximo del tratado, era por tanto una elegante fórmula jurídicopolítica de controlar el seguimiento y producción de las minas alemanas del Ruhr, en vías a la época de su restitución a Alemania (la RFA).

En suma, el Tratado de París representó un primer punto de partida a toda una obra complejísima de integración económica y política. Y el ensayo fue un éxito. Pues ¿no era después de todo un ensayo, una propuesta, una primera piedra, una audaz proposición política?

## La Cuestión Alemana

Abundando en esta dimensión política, la invitación que Francia dirige a Alemania soldaba en un fuerte lazo la reconciliación de las dos potencias. Decía Schuman: "La asociación de las naciones europeas exige que la oposición secular de Francia y de Alemania sea eliminada". El ministro galo no tuvo inconveniente ni recato alguno en

<sup>7</sup> Utilizamos el texto del Tratado en REUTER, P. y GROS, A: *Traité et Documents diplomatiques*. Paris. P.U.F. 1960, pp. 189-241.

<sup>8</sup> Último párrafo del texto introductivo. *Droit International...*, Op. cit., pp. 307.

<sup>9</sup> La "Alta Autoridad", órgano máximo, previsto en el Cap. primero, Arts. 8-19 del tratado. ¿Fue un "invento" genial del propio Monnet? Sobre los orígenes del Plan (en colaboración con HIRSCH, E., REUTER, P. (cit) y URI, P.), *Jean Monnet: Mémoires*, 2. Paris. Fayard 1976, pp. 431 y sigs. Por otro lado, al día siguiente de la Declaración (el 10 de mayo) Schuman partía para Londres para asistir al Consejo Atlántico. Al ministro galo le incumbía ahora presentar la propuesta que había contado con la aquiescencia de Adenauer, pero no con la de sus homólogos ingleses. POIDEVIN, P.: Op. cit., pp. 275 y sigs.

dejar bien claro, con la fuerza que bien merecía, el siguiente añadido: "(...) la solidaridad de la producción que será así anudada manifestará que toda guerra entre Francia y Alemania será no solamente impensable sino materialmente imposible"<sup>10</sup>. En resumen, el Tratado de París fundaba así una nueva Europa, una Europa aparentemente económica que iba más allá de sus fines inmediatos.

Pero la CECA, naturalmente, no agotaba todo el ancho marco de la problemática europea, Otro aspecto, ya aludido, de los más sensibles, era la Cuestión alemana, o sea, el rearme de sus ejércitos, alcance y limitaciones de los mismos. Rearme deseado, no sin reservas, por los Estados Unidos ante el temor de un flujo real de la guerra de Corea sobre Europa, este tema devino patente, casi dramático, ubicándose en el primer plano. Los estrategas del Departamento de Estado y sobre todo del Pentágono lo consideraban de urgencia. La defensa de Europa occidental dejaba mucho que desear. La OTAN, por entonces, era una organización poco institucionalizada, demasiado joven, una entidad débil. Su institucionalización se efectuará en estos años, entre 1950-55, siendo la Conferencia de Lisboa (20-II-1952) de las más determinantes a tales respectos <sup>11</sup>.

La Cuestión alemana, que ya venía de antes, planteada formalmente por el general Clay en Nueva York, mayo de 1950 (¿pura coincidencia con la Declaración Schuman?), disipada la duda sobre el "qué hacer con Alemania", el Consejo Atlántico adoptó el 26 de septiembre un acuerdo referido a la recreación de un ejército alemán propio, nacional, con algunas importantes limitaciones. La RFA no se integraría en la OTAN y por ende en la defensa occidental hasta la entrada en vigor de los Acuerdos de París de 23 de octubre de 1954, lo cual se produjo el 5 de mayo de 1955. Días de creciente, alta tensión entre los dos Grandes, Europa occidental recobraría así un equilibrio logístico, armamentístico convencional y en número de divisiones frente a la balanza de poder militar Este-Oeste. ¿Evitó este nuevo equilibrio de poder y fuerza, la guerra o el surgimiento de nuevos percances graves entre las dos Europas?... El derecho internacional quedó sin duda minimizado o enormemente afectado por dicha práctica política "realista" (o de *realpolitik*). Y quien decía el derecho internacional decía la ONU y su bloqueado Consejo de Seguridad y Capítulo VII de la Carta.<sup>12</sup>

<sup>10</sup> El texto en *Droit International...*, cit., ibidem

<sup>11</sup> KISSINGER, H.: *Diplomacia*. Barcelona, 1996, p. 541.

<sup>12</sup> Durante la Guerra Fría las teorías "realistas" de diplomáticos, estadistas y profesores de los Estados



## Otros proyectos.

De ese tiempo es la conocida moción de Winston Churchill en el Consejo de Europa, a poco de iniciados los fragores en Corea. El entonces *ex-premier*, arquitecto que había sido en la victoria, instaba ahora la "creación inmediata" de un ejército europeo unificado, "sometido a un control democrático", en cooperación con los Estados Unidos y Canadá (11 de agosto de 1950). Organismo aglutinador político y jurídico (la unidad por el derecho y en especial por los derechos humanos), no es el Consejo de Europa un foro precisamente militar o de defensa, por lo que aquel mensaje tuvo mucho de escénico y sensacionalista. Por supuesto, fue Churchill uno de los pioneros en la moderna idea europea.

Para el pueblo y Gobierno de Francia, muy susceptibles ante la referida Cuestión alemana, la vuelta de la "*Werhmacht*" de resonancias bélicas y agresivas aun no apagadas, el rearme alemán debía realizarse en el ámbito de un ejército europeo. (Son éstos, en general, los primeros antecedentes de una problemática puntual que todavía continua, tras intermitentes ensayos abortados o irresueltos, 50 años después). El plan o esquema preconizado por Schuman para el carbón y el acero, extendido luego a la creación de ese ejército fue proposición no rechazada por el Consejo Atlántico reunido en Bruselas en ese año. Una Comunidad Europea de Defensa (la CED) instituida por el Tratado de París de 27 de mayo de 1952 será finalmente rechazada por la Asamblea Nacional francesa el 30 de agosto de 1954 ("un voto histórico") y el tratado no entró en vigor pese a su ratificación por los otros cinco miembros de la CECA.

En 1953, un proyecto de estatuto de Comunidad Política Europea (CPE) adoptado por una Asamblea *ad hoc* (inspirada en la Asamblea de la CECA) no sobrevivirá al fracaso de la CED. Este proyecto de organización política, instituyente de una estructura federal, fue descartado y ni siquiera tenido en cuenta en el llamado "relanzamiento de Messina", en junio de 1955, fuente que será de la

---

Unidos tomaron relevancia extrema (así, las sostenidas por Kennan, Morghentau, etc., y más recientemente por Kissinger). Kennan fue acaso el menos maximalista, confiando en la "contención" y en la autodisolución del comunismo en Rusia. H. Kissinger: op. cit., págs. 475 y sigs. Por otra parte, para algunos teorizantes del "realismo" ("*realpolitik*") había mucho de miedo en estos procesos (miedo común a la Unión Soviética, miedo que empujó a los occidentales a las alianzas político-militares o económicas (OTAN, CEE, etc.). FUKUYAMA, F.: *El fin de la historia y el último hombre*. Barcelona, 1992, pp. 334 y sigs.

Comunidad Económica Europea (CEE).

Estos procesos, lentos y no siempre afortunados, son hoy historia pasada, casi prehistoria, olvidada de pura vieja habida cuenta la actual "aceleración histórica". Y sin embargo esencial para apreciar ahora a dónde y qué lejos se ha llegado. Como suele, en estos casos, la frustración prevalecía a veces sobre esas "realizaciones concretas" que expresara Schuman, y un pequeño éxito llevaba implícito cantidad de situaciones fracasadas. De todos modos, los seis países habían creado un equilibrio políticoeconómico y una estabilidad política con potencialidades extensibles a otros miembros.<sup>13</sup> Por ello, la CECA fue modelo a seguir para otras comunidades. Y del mismo modo que Corea pudo influir en acelerar las negociaciones de París de 1951, más tarde los gravísimos conflictos de Suez y Hungría (1956) serán factores coadyuvantes en la concienciación de la idea. La expresada conferencia de Mesina (1955) imprime nuevo impulso (Informe Spaak, Conferencias de Venecia, Bruselas, Val Duchese, amén de otras consultas a alto nivel) hasta llegar a la fundación en Roma (el 25 de marzo de 1957) del que será celebrado Mercado Común general y otro específico (CEE y CEEA o Eurátom). Los grandes tratados de integración son ya un hecho (en vigor desde el 1 de enero de 1958). Había habido voluntad política para ello y grandes hombres de Estado (Adenauer, Spaak, De Gasperi, etc.). En fin, esta Europa de los Seis, pequeña, en aquella sazón, pero abierta a otras adhesiones, a la del Reino Unido, en primer lugar, vendrá a representar una fuerza frente a la Europa del Este y con el tiempo una "tercera fuerza" entre USA y URSS, capaz de distensionar y arbitrar el duelo.

## España. A la búsqueda de otras "salidas".

Si nos remontásemos a la Guerra Civil de España, bien son conocidas las repercusiones de todo tipo que tuvo ésta en la vecina Francia. Así, la guerra afectaría y dividiría al PDP (el Partido Demócrata Popular, especie de democracia cristiana y ala avanzada del catolicismo social), al que Schuman pertenecía desde 1932 y del que dimitía en 1939 al desaprobar el informe del secretario general

---

<sup>13</sup> LLEONART, A.J.: "Veinte años después del Tratado CECA. Del equilibrio político al equilibrio económico". *Rev. de Política Internacional, I.E.P.*, 117, (1971), pp. 89-112.

favorable a la situación de la República española cuando la guerra estaba próxima a su desenlace. Dicen los biógrafos de Schuman que la persecución religiosa durante esos años le había impresionado hondamente, lo que el informe consideraba superado.<sup>14</sup> En el curso de la guerra mundial, será detenido por los alemanes, evadido luego y militado en la clandestinidad. Tras su declaración de 1950, ignoró a España en sus gestiones, período éste en que la ONU rescinde las sanciones que desde 1946 pesaban sobre el Gobierno de Madrid (Asamblea General, Resolución 365 de 4 de noviembre de 1950).<sup>15</sup>

Viviendo fuera de estas experiencias vivas, no es de extrañar, por tanto, fuese la publicística española escasa y pobre en el tema. Sólomente, el europeísmo encontró eco, no mucho, en algunas ilustres plumas académicas (por ej., Ortega, Marías, Díez del Corral, Larraz, Yanguas Messia, Cordero Torres, Maragall) y en algunas instituciones (cursos *ad hoc*, como los auspiciados por la Universidad internacinal "Menéndez Pelayo" desde un tardío 1961, Seminarios de integración europea, 1962, etc.) Y no pocas veces estos escritos lo eran desde una perspectiva realista o pesimista (¿recelo, despecho?) o euroescéptica. Será en la década de los 60 y ya a partir de los 70, cuando los currícula universitarios y los autores enfoquen estas cuestiones con mayor dedicación.

España, por supuesto, no es invitada a sentarse ante este nuevo mapa que se está configurando a una nueva, democrática, pequeña Europa. La verdad es que estas estructuras en construcción nunca fueron demasiado abiertas, e ingresar en ellas no era fácil.<sup>16</sup> Las cancillerías de París, Bonn, Roma, Bruselas, La Haya eran los escenarios protagonistas y principales. La de Londres es reticente y reservada, aunque bien informada por fuentes directas de cuanto ocurría al otro lado del Canal. Sin su aquiescencia (Londres, 3 de

<sup>14</sup> POIDEVIN, R.: op. cit., págs. 126-7. En la biografía de Schuman la geografía, la cultura, la religión, etc., constituyen positivas connotaciones para entender su ejecutoria. Tal como dice su biógrafo René Hostiou, un estadista a sus 62 años, edad que tenía al instalarse en el Quai d'Orsay, "ha elegido sus opciones fundamentales, y los principios esenciales de su doctrina están muy a menudo inscritos en su mismo pasado". HOSTIOU, R.: *Robert Schuman et l'Europe*. París, 1969 (Nuestra recensión a este libro en *Rev. Española de Derecho Internacional*, XXII, 4, (1969), pp. 853).

<sup>15</sup> Por 38 votos a favor contra 10 y 12 abstenciones. V. comentarios y documentos en LLEONART, A.J.: *España y ONU. Vol. IV (1950)*, Madrid. CSIC, 1991, pp. 66-74 y 309-310

<sup>16</sup> A pesar de que la famosa Declaración expresaba en dos de sus párrafos iniciales una invitación genérica (salvo la concreta que refiere concretamente a la RFA). Decía así: "...organisation ouverte à la participation des autres pays d'Europe", y más adelante, añadía, "...à tous les pays qui voudront y participer".

octubre) no habríanse signado los citados Acuerdos de París de 1954. Y la de Madrid, desde el Palacio de Santa Cruz, entre visillos, sólo podía limitarse a contemplar, pasivamente, aquellos acontecimientos, no sin prestarles atención. Europa, en fin, se movía sin España. Había en todo caso un español extremadamente activo, Salvador de Madariaga, "don Salvador" como allá era conocido, cuyo activismo desde el exilio transcendía a nivel intelectual y político (Congreso Europeo de La Haya, 1948).<sup>17</sup>

Ahora bien, las relaciones con Estados Unidos desde 1951, potenciadas en 1952 y 1953 en vista a acuerdos básicos, ponían un punto de equilibrio o de contraprestación. Aislada de Europa, producíase, por decirlo así, una compensación a este aislamiento. Estas negociaciones le abrían a otros conductos, con Washington, en primer lugar, e indirectamente con la sede del Consejo Atlántico, a raíz de la citada Conferencia de Lisboa. Tales contactos devendrían habituales desde 1955 tras las escalas técnicas o políticas en Madrid, de representantes americanos procedentes de París, de vuelta a Estados Unidos. (John Foster Dulles, Secretario de Estado de Dwight Eisenhower, inauguraría estas visitas el 1 de noviembre de 1955 y el propio presidente acudiría a España en 1959). Dulles trató con Martín Artajo de una hipotética entrada de España en la OTAN y en la ONU (los acontecimientos en esta última se precipitarían e ingresará al mes siguiente). Un año después será Martín Artajo quien se desplace a Washington (abril de 1956). Circunstancias derivadas de ese antes y después a 1953 (año de los Acuerdos de Madrid), las dos Cámaras washingtonianas relanzaban mociones para hacer entrar o dar cabida a España, bajo alguna forma, en la defensa de Occidente. La soledad en Europa, a extramuros de las grandes organizaciones (OECE, Consejo de Europa, CEECA...), quedó en cierto modo

<sup>17</sup> Presidente de la Comisión Cultural en el celebrado Congreso Europeo de La Haya, fuente del Consejo de Europa, de Madariaga partiría la idea, con Denis de Rougemont, de un Centro europeo de cultura con sede en Ginebra; asimismo tomaría parte en la fundación del "Collège d'Europe" de Brujas (V. Libro-homenaje, "*Liber Amicorum*", Brujas, 1966). Madariaga que vivió la vida internacional en la Sociedad de Naciones, enfatizó ahora, en 1948, la exigencia de reconversión del hombre europeo. Un reproducísimo pasaje suyo que él gustaba de rememorar en otros escritos, decía a estos propósitos: "Europa nacerá cuando los españoles digan "nuestro Chartres" y los ingleses "nuestra Cracovia" y los italianos "nuestro Copenhague", y cuando los alemanes digan "nuestra Brujas" y retrocedan de horror a la idea de poner sobre ella manos asesinas". Era, como decíamos, el año de 1948. El texto en *Europe United. The Hague Congress and after*. (Pr. W. Churchill). Londres, 1949, p. 42. También, por ej., en *Rev. de Occidente*, núm. monográfico sobre "La nueva Europa", (febrero-marzo, 1973), pp. 146-7.

compensada.<sup>18</sup>

Entretanto, Asuntos Exteriores se vuelve discretamente hacia la ONU, su antiguo gendarme, como palpando una pared de apoyo. Pero la oposición o pugna entre los dos Grandes y la Guerra Fría repercutió sobre la larga espera, cerrada la Organización a cal y canto entre 1950-55.<sup>19</sup> Exteriores aguardará con paciencia y oportunidad la presentación de su candidatura hasta saber con certidumbre (¿orgullo, prejuicio?) que no fracasaría. Por otro lado, Exteriores observa desde fuera, toma nota de los planes de reactivación y opina a nivel doméstico o interior, incluso sobre cuestiones intrascendentes que sin embargo podían interesar al Gobierno. Desde Bonn o desde El Haya (que se decía) y otras capitales, cualquiera gesto o discurso leve que pudiera importar o interesar de Pirineos abajo, hallaba eco en las embajadas y legaciones de España. Así, informes y despachos remitidos a Asuntos Exteriores y a Economía, tales como programas económicos recomendados por el Consejo de Europa, la OECE, EPU, CECA, etc. Era evidente el interés del Gobierno de Madrid por lo que estaba sucediendo al otro lado, en un período de cambios radicales y rápidos y de nuevas circunstancias, cuando todavía aquí las pautas eran inactuales u obsoletas.<sup>20</sup>

En suma, los Acuerdos con los Estados Unidos serán una

<sup>18</sup> Semiaislamiento, sin embargo, que no era absoluto. El mundo árabe e Hispanoamérica eran puertas de salida, siendo de la mayor importancia esta segunda. El ostracismo que llamamos así, sí lo era con referencia especial a los proyectos y tratados comunitarios hacia una Europa con cada vez menos fronteras económicas. Con la otra Europa, bien entendido, la relación era anómala y políticamente nula. Sin alianzas en Europa, la relación mantenida con Portugal (Pacto Ibérico y Protocolo Adicionales) era prácticamente más retórica que real. En cualquier caso, Portugal formaba parte de la OTAN, miembro fundador, donde jugaba un papel de valedor de España. A estos propósitos, REINO, F.: (Espanha e Portugal perante a Europa. Caminhos históricos nem sempre coincidentes). *I Encuentro Peninsular de Historia de las Relaciones Internacionales*. Zamora. Fundación Rei Afonso Henriques. 1998, pp. 85 y sigs. Advertíase, por otra parte, que en el momento de la Declaración Schuman España mantenía relaciones a nivel de embajada con 9 países y con 13 a nivel de Ministros Plenipotenciarios. V. correspondencia y lista "ad nomen" por J. Erice a Víctor Andrés Belaunde (Madrid, 10 de mayo de 1950). Archivos MAE R 5331 Exp. 10.

<sup>19</sup> LLEONART, A.J.: El ingreso de España en la ONU: obstáculos e impulsos. *Cuadernos de Historia Contemporánea*. Fac. de Geografía e Historia, Univ. Complutense, 17, (1995), pp. 101-125.

<sup>20</sup> Así, por ej., informes de Antonio María Aguirre desde Bonn (11-V-1951) o del Marqués de Santa Cruz desde La Haya (16-V-1951), tras planes de integración económica del ministro de Estado holandés, presidente de la OECE, ante la Asamblea Consultiva del Consejo de Europa ("Plan Stikker", Estrasburgo, 10-V-1955). Curiosamente, este segundo diplomático lo interpretaba en tanto "Plan económico-militar", acaso por el valor prioritario que esta dimensión proyectaba sobre una Europa tan próxima a la Guerra Fría. Archivos MAE, "Plan Stikker", Leg R 5916 Núm. 10.

"salida" a esta soledad del franquismo. 1953 será un año representativo de ese "un antes y un después" en la vida política y también sociológica nacional, -es lo que hemos llamado "el impacto USA".<sup>21</sup> Hasta su adhesión a las Comunidades Europeas, España en Europa no encuentra un equilibrio justo y conveniente, una palanca donde apoyarse e identificarse en plenitud. (Cierto que hasta entonces se era psicológicamente menos europeos, menos modernos o post, lo cual en realidad era un prejuicio político o un esnobismo).

El Tratado CECA, también llamado Tratado Schuman, será la primera piedra del gran edificio de la unidad europea, al que España tardará más de tres décadas en adherirse a estos sistemas jurídicos de integración. Europa occidental que aumentaba en población y en necesidades vio en estos planes y proyectos un incentivo a la unificación en medio de una gama de intereses económicos. Se consolidará así un Occidente amenazado pero también se abrirían nuevas fronteras entre el Este y el Oeste, fisurando aun más un mapa roto.

## Conclusión

Acaba de pasar un tiempo significativo y suficiente, -medio siglo desde que Schuman lanzó, audaz mensaje, la gran idea.- ¿No trataba ésta de alterar de alguna forma la historia de la naturaleza europea, una historia de siglos caracterizada por la división en Estados-nacionales?. Es más, ¿no se trataba de partir de una nueva clase dirigente frente a la aristocrática tradicional, instituyendo un cuerpo de tecnócratas, asesores ejecutivos, planificadores, etc.?. ¿No eran, por consiguiente, los Monnet y sus portavoces los Schuman, la nueva clase política, los nuevos príncipes, guerreros o nobles, como nuevos "samurais" del aparato del Estado? Diríase (aunque esto es una hipótesis) que ya no es el imperialismo, ni la guerra, lo que más preocupa a los Estados europeos, sino el vivir bien y en paz, convivir en libertad y en bienestar, como honrados hombres de negocios.

En fin, surgen y se suscitan de nuevo las preguntas, las dudas, las incógnitas, al recordar ahora, con visión crítica, aquellos años complicados pero vitales, como cuando inicábamos este breve

<sup>21</sup> En nuestro estudio al colectivo monográfico "España ante el nuevo milenio", *España, 1953: un antes y un después. El impacto USA*. Fac. de Letras. Dpto. de Historia. Univ. de Murcia, 2000.

estudio. ¿Proseguirá Europa en esta línea marcada por los padres fundadores desde 1950?, ¿Se ampliará y profundizará esta fuente en estos proyectos?, ¿Se seguirán invirtiendo esfuerzos por una Europa unida, democrática, amante de la paz, abierta al mundo...? Juzgamos que sí, que hay una tendencia fuerte en este sentido, una inercia, por decirlo de alguna manera, pero el siglo XXI tiene -tendrá- la última palabra. Ojalá que sea así.

## GRAN BRETAÑA Y EL PLAN SCHUMAN

Javier García Marín.  
Universidad Autónoma de Madrid.

Historiográficamente, la postura británica en relación con la declaración que Robert Schuman emitió el 9 de mayo de 1950, ha tenido muy poca acogida por parte de los historiadores. Bien sea porque los posteriores Tratados de Roma han eclipsado esta etapa de la integración de Europa; o porque, entre nosotros, todavía persisten profesionales que niegan que la Historia sea capaz de acercarse a hechos ocurridos después de la Segunda Guerra Mundial.

El hecho, sin embargo, es que la literatura existente sobre este tema es muy escasa, hasta el punto de que no se encuentra una monografía sobre el mismo si exceptuamos a E. Dell (*The Schuman Plan and British Abdication of Leadership in Europe*. Oxford, 1995). La historiografía española, por otro lado, no ha sido muy fecunda en estudios sobre Europa, máxime si van referidos monográficamente a países extranjeros.

Para iniciar un acercamiento al tema tenemos, por fuerza, que remitirnos a obras más generales, que estudian la dinámica de la política exterior británica desde una perspectiva más amplia; obras sobre todo de autores ingleses, y ninguna traducida, salvo el brillante trabajo de H. Brugmans (*La idea europea. 1920-1960*. Madrid. Moneda y Crédito. 1972); todo un clásico, pero el mejor -y único- manual hasta la fecha en castellano. Entre las obras en inglés destacan S. George (*Britain and European Integration since 1945*. Oxford, 1991), que es donde más directamente se trata el tema de Gran Bretaña y la integración europea; D. W. Urwin (*The Community of Europe. A History of European Integration Since 1945*. Londres, 1995; y *Western Europe since 1945: A Short Political History*. Londres, 1981) ha escrito unos soberbios manuales de historia donde Gran Bretaña tiene un peso específico importante; J.W. Young, (*Britain, France and the Unity of Europe*. Leicester, 1984 y *The Churchills Peacetime Administration, 1951-1955*. Leicester, 1988), E. Barker, (*Britain in a Divided Europe*. Londres, 1971.) y que narran las vicisitudes de la política británica en relación con sus vecinos. En política interior destacamos a R. T.

Griffiths (ed.) (*Socialist Parties and the Question of Europe in the 1950's*. Leiden, New York, 1993).

Hay más trabajos que se refieren indirectamente a la política británica sobre la integración (como la obra de Shlaim, A. Jones y P. Sainsbury, K. *British Foreign Secretaries since 1945*. Londres, 1977; o Mackintosh, J. P. *The British Cabinet*. Norwich, 1977), pero estos son los que más seriamente han tratado el tema y los que hacen referencias más explícitas al Reino Unido y al plan Schuman.

En cuanto a recopilaciones de documentos W. Lipgens editó *Documents on the History of European Integration* y R. Bullen junto a M. E. Pelly editaron *Documents on British Policy Overseas* cuyo primer volumen de la segunda serie *The Schuman Plan, The Council of Europe and Western European Integration* está dirigido casi exclusivamente al tema que nos ocupa.

Visto de esta forma, la necesidad de una síntesis integradora de estos trabajos, dada la importancia que tiene para explicar la actitud británica posterior, es algo que no puede calificarse de otra forma que elemental.

Por todo lo anterior, la base del presente artículo es claramente bibliográfica. Lo que se intenta aquí es, por tanto, tratar de ofrecer una síntesis, para clarificar un tema poco tratado por la historiografía española; y, quizá, despertar el interés de los investigadores ya que puede presentar novedades al lector avezado que revise las obras citadas.

Todos estos autores parecen confirmar un planteamiento básico: en primer lugar, el talante de los estadistas ingleses de la posguerra viene determinado por el poder hegemónico del Reino Unido en el siglo XIX (algo que se verá también reflejado en la mentalidad del pueblo inglés hasta el presente). En segundo término, los políticos continentales intentaron, hasta la creación de la CECA, que Gran Bretaña formase parte de un continente unido y fuerte. Así, vemos episodios donde nos sorprenden la ingenuidad y confianza de personajes como Monnet o Schuman acerca de las palabras de personalidades inglesas como Churchill.

Pero a Churchill no le preocupaba demasiado trasladar los principios generales en realidades prácticas. Sus discursos no trataban de Gran Bretaña con el continente, sino, más bien, de Gran Bretaña y el continente. Más que una unión anglo-francesa, Churchill creía que el inicio, los principios de la integración europea, estaría en la reconciliación de Francia y Alemania. En su discurso de Zurich argumentó que "esos dos Estados debían tomar

la cabeza juntos". Y señaló: "Gran Bretaña, la Commonwealth, la poderosa América, y espero que la Unión Soviética (...) sean amigos y sponsors de la nueva Europa". La posición de Churchill no se separaba mucho de las líneas oficiales. Como muchos políticos ingleses, él aceptó la unidad europea como un ideal válido. Pero Gran Bretaña no tenía porqué tomar parte de ella, aunque podría ser una potencia asociada<sup>1</sup>. Esto constituirá el núcleo de la política británica en las dos décadas posteriores.

Ernest Bevin, como Churchill, tuvo su propia visión de Europa, pero estaba limitada por el pragmatismo y el escepticismo. El progreso debía de ser cauto y lento, y no estar en contradicción con los grandes asuntos exteriores de Gran Bretaña: la *Commonwealth* y los Estados Unidos.

El texto que Robert Schuman dirigió a Europa en 1950 contenía una frase de singular significado, tanto para los políticos continentales como para los británicos; dicha frase era: "La puesta en común de las producciones de carbón y de acero asegurará inmediatamente el establecimiento de bases comunes de desarrollo económico, primera etapa de la Federación europea, y cambiará los destinos de las regiones dedicadas desde hace tiempo a la fabricación de armas de guerra, de las que ellas mismas han sido las víctimas más constantes"<sup>2</sup>. Esto ponía en movimiento un fenómeno de alcance inusitado, casi utópico hasta para los protagonistas, pero que Gran Bretaña y los británicos no aceptarían entonces: la integración de Europa. De hecho, el gobierno de Londres trataría de evitar, o frenar, el éxito europeo.

Este hecho, sin embargo, ha sido visto desde todos los ángulos posibles por los autores y los coetáneos: desde el entrometimiento inglés hasta la insular. Pero, lo que este artículo pretende subrayar es algo ya de sobra conocido pero que necesita de un nuevo punto de vista. Es decir, que la reticencia inglesa a formar parte de cualquier organismo supranacional, que no tuviera un carácter cooperativo o coordinador (y no integrador), está enraizada en su historia y en el carácter del pueblo inglés, acostumbrado a verse como centro de una región geopolítica que

<sup>1</sup> Además, el propio Churchill escribió, en un periódico americano en 1930 que "no vemos nada que no sea bueno y esperanzador en una Europa opulenta, libre, unida y contenta. Pero tenemos nuestros propios sueños y nuestras propias tareas. Estamos con Europa, pero no en ella. Estamos ligados, pero no comprometidos. Estamos interesados y asociados, pero no absorbidos" (T del A). En: URWIN, D. W. *The Community of Europe. A History of European Integration*. Nueva York, 1995. p. 31.

<sup>2</sup> Fragmento extraído de BRUGMANS, H. *La idea europea. 1920-1970*. Madrid, 1972.

abarcaba medio mundo; y a ver a los demás, desde su espléndido aislamiento, como países menos desarrollados, si no técnicamente, sí culturalmente. Y esto es lo que señalaba el principal "hecho diferencial" inglés en contraposición al europeo. La propia obra de H. J. Mackinder es clarificadora a este respecto; en 1904 la tesis de Mackinder es una racionalización histórico-geográfica de la política tradicional británica, que consistía en mantener un equilibrio de poder en Europa para que ninguna potencia continental pudiera suponer una amenaza para Gran Bretaña. En 1919 redefine Asia central como el corazón continental, con una extensión mayor que la región pivote original, basándose en una reconsideración de la capacidad de penetración de las potencias marítimas. Y ya en 1943 Mackinder revisa por última vez sus conceptos geopolíticos, reflejando la alianza coyuntural con la URSS y Estados Unidos. Pero, en este sentido la obra de Mackinder es un modelo perfecto para contrastar el pensamiento político inglés, la propia percepción que de sí mismos tienen los británicos y de su historia, en permanente pugna con los pueblos del *heartland* por el poder mundial. Pensamiento que se ve muy poco modificado en la inmediata posguerra.

En suma, pretendo recordar un pequeño capítulo de la historia de las relaciones exteriores de Gran Bretaña inserto en una dinámica exterior y de mentalidad más amplia, que empieza en el siglo XVII pero que se mantiene hoy día y que explica el euro escepticismo inglés.

Sin embargo, y antes de empezar con el desarrollo argumentativo del artículo, conviene recordar que la postura británica no estaba del todo aislada en el pensamiento europeo de la época. El Reino Unido solía estar respaldado por los países escandinavos e Irlanda, cuyas tradiciones de pensamiento son más cercanas a la inglesa que, por ejemplo, a la francesa o italiana. Además, estos países compartían con Gran Bretaña hechos fundamentales como la escasa devastación sufrida en la guerra, lo que les hacía pensar en una reconstrucción posible partiendo de esfuerzos individuales.

### La política exterior británica.

En el siglo XIX Gran Bretaña se erigió como la gran potencia mundial, algo que cambiaría en los primeros momentos del XX con

la ascensión de Alemania como potencia industrial. De hecho, la Primera Guerra Mundial sólo pudo ganarse con el apoyo de los Estados Unidos, que se estrenaron en la gran escena internacional adoptando el papel de Gran Bretaña en el XIX. Sin embargo, el posterior aislamiento en el que se sumieron los americanos hizo pensar a los ingleses, junto a su enorme imperio, que seguían gozando de la primacía mundial. De esta forma, los intereses británicos seguían centrados en el mantenimiento del libre comercio, lo que les permitiría vender sus productos allí donde esto fuera posible, avalados por su indiscutible competitividad, sólo superada por los productos americanos.

Después de la Segunda Guerra Mundial la ilusión no pudo mantenerse por más tiempo, ahora los Estados Unidos serían los herederos de la hegemonía anglosajona, aunque con un talante muy diferente. La petición de que los Estados Unidos tomaran el relevo al sostenimiento inglés del gobierno griego, la retirada de Palestina, etc., es una sólida muestra de que Gran Bretaña ya no podía seguir manteniendo el sueño del imperio mundial. La guerra y los hechos de la posguerra fueron los que sentaron las bases de esa relación especial entre los americanos y los ingleses: el eje atlántico de la política exterior británica. Sin embargo esta unión tan sólo fue, y es, parcial. Los EE.UU. iban mucho más lejos que los ingleses en su deseo de mantener el libre cambio mundial y presionaron para que acabase la preferencia que los productos británicos disfrutaban en los territorios de la *Commonwealth*. Aunque, en esencia, el globalismo<sup>3</sup> seguía constituyendo uno de los ejes principales de pensamiento de la élite británica.

Con todo, dos factores nos pueden indicar que los laboristas favorecerían el desarrollo de una Europa unida: primero, el hecho de que la era imperial y victoriana había llegado a su fin y los socialistas parecían haberlo comprendido; una descolonización progresiva e inteligente daba testimonio de ello. Además el laborismo, inmerso en su proyecto de "*Welfare State*" se decía tradicionalmente de la internacional. Sin embargo, la opinión pública británica y el laborismo seguía considerando a su país como la sede de una región geopolítica que abarcaba una enorme extensión y, por supuesto, totalmente separada de un continente donde se originaban los mayores males que habían sufrido: la devastación, la guerra, el hambre, la codicia (...), y el genocidio. Aún

<sup>3</sup> Término usado por GEORGE, S. *Britain and European Integration since 1945*. Oxford, 1991. p. 33.

así, la opinión de los británicos no distaba mucho de la realidad: de hecho, Gran Bretaña seguía siendo la segunda potencia capitalista del mundo, y la devastación sufrida era menor que en el continente. Así en los asuntos militares y de seguridad Gran Bretaña seguía pensando, también, de forma global; viéndose a sí mismos como una potencia mundial con responsabilidades de igual alcance. Esta idea la resume muy bien el pensamiento de W. Churchill cuando se ve como el centro de tres esferas: la Relación Atlántica, el Imperio y la *Commonwealth* y Europa<sup>4</sup>. Esta idea gozaba de un amplio consenso después de la guerra, hasta el punto de que, con variaciones, formó parte indispensable tanto de la política del laborista Ernest Bevin como de su sucesor la secretaria del *Foreign Office*, el conservador Anthony Eden<sup>5</sup>. Naturalmente, esta idea es herencia de un sistema político acostumbrado a pensar y actuar en términos globales.

En el resto de Europa este hábito de pensar en términos globales nunca tuvo tal magnitud, en parte por que ningún país continental disfrutó del mismo "status" hegemónico que el Reino Unido, y también por que la devastación de la Segunda Guerra Mundial hizo a los políticos continentales más conscientes de su propia debilidad y de la necesidad de iniciar la reconstrucción nacional antes de aventurarse en los asuntos globales.

Después de la Segunda Guerra Mundial el recién elegido gabinete de Attlee esperaba mantener la dirección tripartita de los asuntos mundiales que se vio en los últimos meses de la guerra, con la cooperación entre Gran Bretaña, Estados Unidos y la Unión Soviética. Con el principio de la Guerra Fría, en 1947, la política exterior británica se centró en limitar el expansionismo soviético, verdadera obsesión desde los años 20, lo que acarreaba asegurarse de que los Estados Unidos no volverían al aislamiento como hicieron después de la Primera Guerra Mundial.

Una muestra de esto es que, ya en 1945, París ideaba una unión económica europea, tema discutido por el gobierno británico y rechazado en virtud de la creencia de que la *Commonwealth* podía resultar dañada y de que los EE.UU. podían ofenderse por anteponer los intereses económicos regionales antes que los globales<sup>6</sup>.

<sup>4</sup> *Op. cit* en George, S. *Op.cit.* p. 34

<sup>5</sup> SHLAIM, A. Jones, P. SAINSBURY, K. *British Foreign Secretaries since 1945*. Londres, 1977.

<sup>6</sup> YOUNG, J. W. *Britain, France and the Unity of Europe*. Leicester, 1984. p. 38.

Sin embargo, el *Foreign Office* era más proclive a una unión económica que podía resultar en un fortalecimiento internacional de Europa occidental. Así, en 1947, parecía que el *Foreign Office* apoyaría la creación de un grupo de países occidentales en Europa que pudiera tener igualdad de voto en las conversaciones con EE.UU. y la U.R.S.S. Sin embargo, los hechos acaecidos en el transcurso del año (el inicio de la Guerra Fría) hizo que Bevin plantease una política más cercana al estilo de Churchill<sup>7</sup>, aunque sin abandonar la simpatía hacia una estrecha colaboración europea que podría resultar en un muro contra el comunismo. En estos asuntos, los británicos sólo reflejaban la posición americana, aunque, irónicamente, el riesgo de ofender a los americanos fue uno de los principales argumentos dados por los "ministros económicos" para oponerse a la idea de una unión económica.

Esto no significaba que el laborismo aceptase la idea de la supranacionalidad en sus relaciones con Europa. Simplemente, una unión económica se vería como parte de la defensa contra el comunismo. Cualquier indicio de que el gobierno británico aceptaría una cesión de soberanía es inexistente.

### La integración de Europa y los británicos.

A lo que sí estaba dispuesta la Gran Bretaña era a firmar pactos de defensa, su gran preocupación. Así, se firma en 1947 el Tratado de Dunkerque con Francia, justificado militarmente, pero que establecía una cooperación económica mutua, estableciéndose un comité económico. En 1948, en contra de lo que pensaban el resto de europeos occidentales, Gran Bretaña seguía prefiriendo los tratados de este tipo, que permitían cumplir, parcialmente, sus objetivos en defensa. En virtud de éstos, Bevin capitaneó las negociaciones de un acuerdo cooperativo con Francia y los Países Bajos. El resultado fue, en 1948, el Tratado de Bruselas, un pacto de 50 años de duración "de colaboración en materia económica, social y cultural, y para la defensa colectiva". Este tratado fue visto por Gran Bretaña como una base práctica para la colaboración - pero no la unión-; incluso, Bevin reiteró que no se debían de tener excesivas y ambiciosas esperanzas integradoras.

<sup>7</sup> SHLAIM, JONES, SAINSBURY, *Op. cit.* p. 42.

A pesar de la desaprobación británica, los federalistas esperaban utilizar el Tratado de Bruselas como lanzadera a sus ambiciones, alentados por el deseo (cambiante) de Estados Unidos, que ahora parecía deseoso de una Europa fuerte y estable. Londres, sin embargo, no cedía e inició un movimiento ya probado anteriormente: una contrapropuesta. Ésta medida pretendía establecer que los ministros de Asuntos Exteriores de Europa Occidental formasen un comité semipermanente y que se reuniera en intervalos regulares para discutir las preocupaciones comunes. Eso sí, excluyendo los asuntos económicos y de defensa de las agendas comunes. Estaba claro que los británicos no deseaban nada que fuese más allá de la simple cooperación o consulta.

Pero la opinión integracionista, en 1948, fue tomando fuerza en contra de los deseos ingleses, estimulada por el Congreso de Europa y por el propósito de Churchill de crear una asamblea europea. En octubre de ese año Gran Bretaña cedió a la presión y acordó apoyar el establecimiento, bajo el Tratado de Bruselas, de una comisión para estudiar la factibilidad de una asamblea. Sin embargo, el gobierno laborista apenas disimuló su hostilidad cuando envió sólo una delegación de poca entidad a la comisión de estudio. Posteriormente, los ingleses trataron de conducir las conversaciones hacia su anterior propuesta de un comité de Ministros de Asuntos Exteriores. Los países partidarios de una integración más completa intentaron atraer a los británicos con el señuelo de una doble estructura: un comité junto a una asamblea. Este doble compromiso fue el principal objeto de estudio por parte de la comisión de estudio, reflejado en el informe presentado en enero de 1949<sup>8</sup>. Los países signatarios del Tratado de Bruselas se comprometieron a intentar resolver las objeciones inglesas y el 29 de dicho mes emitieron un comunicado a favor de un Consejo de Europa consistente en un comité ministerial que se reuniría en privado y un órgano consultivo que se reuniría en público. No obstante, Londres aceptó estos propósitos, aunque superó la pretensión de franceses e italianos de llamar al nuevo órgano Unión Europea, quedando el nombre de Consejo de Europa y siendo firmado en Westminster.

Así, el Consejo de Europa nació con un carácter final que no lesionaba la soberanía de ninguno de los Estados miembros (incluso, sus competencias y posibilidades estaban muy limitadas).

<sup>8</sup> Aunque la delegación británica, con instrucciones de Londres, se reservó su posición.

El Consejo se convirtió, pues, en órgano de cooperación al estilo inglés.

Pero, la creación del Consejo de Europa introdujo dos elementos importantes que marcarían el futuro europeo. Por un lado, mientras Francia, Italia y los Países del Benelux estaban interesados en desarrollar instituciones políticas comunes con un carácter supranacional; Gran Bretaña y sus aliados tradicionales buscaban sólo una cooperación internacional más tradicional. Así, quedó establecido un debate donde los bandos y las posiciones nacionales quedaron situados de cara al futuro. Por otro lado, las ilusiones que los dirigentes "continentales" se habían hecho sobre la postura británica, quedaron pronto disipadas: Gran Bretaña rechazó aceptar cualquier proposición que fuese más allá de la cooperación intergubernamental. Los esfuerzos por aplacar y acomodar a los británicos llegaron a su fin. En el futuro, los intentos para llegar a una integración europea se harían a pesar de no contar con el apoyo del Reino Unido. Así, los británicos debilitaron lo que se esperaba del Consejo de Europa: un potente motor integrador<sup>9</sup>.

### El Plan Schuman

El Plan Schuman fue visto sólo como otro ejemplo de supranacionalismo y como tal fue tratado, negándose a formar parte de las conversaciones, algo de lo que se aseguraron los franceses cuando demandaron que todos los participantes aceptasen la idea del supranacionalismo<sup>10</sup>. Las reacciones burocráticas estuvieron marcadas por las divergencias entre los Ministerios de Economía y de Asuntos Exteriores. Económicamente, la industria del acero y del carbón podía resultar perjudicada, al

<sup>9</sup> URWIN, D. W. Op. cit. p. 38. Pero el autor sigue: "en mayo de 1950 la Asamblea, casi en un acto de desesperación, envió una lista de recomendaciones a los parlamentos nacionales, saltándose el Comité de Ministros. El tratamiento que [los parlamentos] hicieron ilustró la brecha que se estaba abriendo con los países de Europa Occidental. Fue recibida de forma muy positiva por los parlamentos de los seis Estados que luego tomaron la iniciativa en la integración en la siguiente década. En Parlamento Británico, por el contrario, sólo reiteró que el Consejo era meramente un lugar de encuentro para la discusión y las ideas, mientras que, en Escandinavia, las recomendaciones no fueron, siquiera, debatidas" (T del A).

<sup>10</sup> Monnet estaba muy preocupado de que los ingleses no entrasen en las conversaciones con una posición reservada en este tema, debido a que ya convirtieron el Consejo de Europa en un órgano intergubernamental. YOUNG, Op. cit. p. 155.



igual que la búsqueda de soluciones económicas globales librecambistas. El *Foreign Office* se alegró de la posible reintegración de Alemania en Europa occidental<sup>11</sup>, pero temía que, si Gran Bretaña no se unía, pudiera emerger una "Tercera Fuerza" neutral en el contexto de la Guerra Fría. Por ello, el *Foreign Office* sugirió la idea de hacer ciertos sacrificios económicos en aras de prevenir esa posibilidad.

Sin embargo, la respuesta del gobierno laborista fue inmediatamente hostil. Lo rechazó como algo que limitaría sus esfuerzos por asentar el socialismo democrático en Gran Bretaña y eliminaría los controles económicos necesarios. En la Cámara de los Comunes Atlee afirmó que "*es imposible para Gran Bretaña aceptar el principio de que las fuerzas económicas más vitales del país estén bajo una autoridad que no es, en absoluto, democrática y responsable ante nadie*"<sup>12</sup>; un argumento económico que no impidió una reafirmación en el terreno de la política. Bevin veía como el Plan Schuman revocaba el "espectro del federalismo" mediante un plan gradual, escalonado, que les alejaría de la idea de "Comunidad Atlántica" para caminar a la integración con Europa. Para agravar la situación, el gobierno francés autorizó el mensaje sin advertir antes al gobierno británico, aunque sí lo hizo con Alemania y Estados Unidos. Incluso, Dean Acheson, Secretario de Estado norteamericano, no dijo nada a Bevin cuando visitó Londres, pocos días después de haber comentado el asunto con Schuman en París. Lo que suscitó los temores de un pacto franco-americano<sup>13</sup>. En cualquier caso, las circunstancias del anuncio no fueron favorables para una buena predisposición del gobierno inglés.

Con todo, el gobierno británico no rechazó inmediatamente la oferta, creando un comité de expertos civiles para que estudiara las implicaciones. Pero sus conclusiones fueron omitidas debido al estallido de la guerra de Corea, que tenía mucha más importancia para el gobierno de Attlee que un plan para la industria europea del carbón y el acero<sup>14</sup>, o así se afirmó entonces.

<sup>11</sup> Como dice Brugmans, "*en Washington, en Londres —e incluso en París— los dirigentes se pusieron a mirar a Alemania Federal, no como al Estado que sucedía al III Reich [...], sino, más bien como una potencia amiga que había que sostener.*" En BRUGMANS, H. Op. cit. p. 154.

<sup>12</sup> URWIN, D. W. Op. cit. p. 46

<sup>13</sup> Esto después se explicó en parte por el secreto que Schuman pidió a Acheson y, en parte, por los temores de Schuman de que el plan fuera bombardeado por políticos franceses antes, incluso, de anunciarse. De hecho, el plan no fue discutido por el Consejo de Ministros Francés

<sup>14</sup> BARKER, E. *Britain in a Divided Europe*. Londres, 1971.

Pero, la decisión no fue sólo laborista ni coyuntural. En 1951, mientras se mantenían todavía las discusiones sobre la CECA, el electorado británico volvió sus miradas a los conservadores de Churchill, y no hubo una vuelta atrás, continuando los conservadores la política laborista de negarse a aceptar cualquier propuesta supranacional, por tímida que fuese.

El debate que se inició con el Consejo de Europa daría entonces las mayores muestras de vigencia. En efecto, ahora era más evidente que nunca que los seis países "integracionistas" debían lanzarse hacia delante sin la participación del Reino Unido. El propio Spaak, cuando dimitió de su puesto de Presidente de la Asamblea Consultiva (el 11 de diciembre de 1951) reflejaba el sentir de los europeos ante la posición británica:

*"Durante esta quincena hemos desaprovechado todas las ocasiones. En primer lugar, no hemos sabido sacar partido de las declaraciones tan francas y categóricas que todos los delegados de la Gran Bretaña nos han hecho. Por supuesto, hay que repetirlo —perdonen que lo haga— habíamos venido aquí con una cierta esperanza. Habíamos pensado que el cambio político en Inglaterra iba a darnos alguna nueva ocasión de más íntima colaboración. Esperábamos con angustia lo que iban a decirnos los representantes del gobierno conservador y esperábamos, también con impaciencia, lo que iban a confiarnos los laboristas, colocados en la oposición. Nunca han estado ustedes —y tengo interés en rendirles homenaje por ello— más categóricos ni más claros al decirnos, comprendiendo sin embargo lo que para nosotros suponía hacer Europa: "Nunca estaremos con vosotros en este camino ni en esta línea"*<sup>15</sup>.

## Conclusiones.

El principal argumento que se trata de exponer, es la tesis de que Gran Bretaña, después de 1945, arrastraba un pasado imperial que condicionaba su pensamiento político. Efectivamente, si revisamos la política internacional inglesa desde el XIX, comprobaremos como la búsqueda del equilibrio en el continente constituía el ánimo principal del Gobierno británico. Este equilibrio

<sup>15</sup> Citado por BRUGMANS, H. Op. cit. p. 170. Pero cita un último párrafo: "*En vez de tomar posición valerosamente ante el hecho inglés, hemos intentado encontrar fórmulas de unanimidad que son fórmulas de impotencia. En estos últimos días han aparecido noticias equívocas sobre graves problemas, noticias que han permitido a algunos creer que el «no» de los británicos no era definitivo y que si esperábamos en la inactividad y en la pasividad existía quizás la posibilidad de verles entre nosotros"*

aseguraba a los británicos dos cosas: por un lado un continente libre de conflicto donde poder vender sus productos; y, también, la libertad necesaria para controlar la mayor parte de los mares gracias a que su gran flota no tendría ocupaciones en Europa. Tal y como Kissinger nos recuerda<sup>16</sup>.

Esta línea de pensamiento estará presente en la mayoría de los líderes británicos de la temprana posguerra, gente cuya formación se trazó bajo el Imperio. De esta forma, el equilibrio de fuerzas era visto como la solución más viable para el mantenimiento de la voz internacional inglesa. Pero este equilibrio, naturalmente, no era compatible con una cesión de soberanía por parte de Gran Bretaña, aunque no con una unión continental. De hecho, la oposición del continente a la U.R.S.S. ayudaría a frenar las expectativas del *hearthland* y aseguraría la supervivencia británica. Por lo tanto, es razonable que los ingleses pensasen en una colaboración práctica con un continente más o menos unido, suficiente para establecer una alianza defensiva (junto a los Estados Unidos) e, incluso, algo más allá, pero no una unión de hecho. El pragmatismo del pensamiento inglés queda patente cuando se decantan por la colaboración con los Estados Unidos, cuyo potencial es mucho más capaz de asegurarles el preciado equilibrio y así se explican episodios como los bandazos laboristas apoyando o entorpeciendo las iniciativas europeas, dependiendo de la opinión americana del momento.

En suma, y repitiendo lo dicho, es el pensamiento estratégico inglés, compartido por el pueblo, el que dirige las acciones británicas hacia Europa hasta por lo menos los años sesenta, cuando nuevos líderes, con nuevas ideas, sienten que deben formar parte de algo más grande para mantener su especificidad británica, que nunca, ni ahora, perderán.

<sup>16</sup> KISSINGER, H. *Diplomacia*. Barcelona. Ediciones B. 1996.

## BIBLIOGRAFÍA:

- BARKER, E. *Britain in a Divided Europe*. Londres. Weidenfeld & Nicholson. 1971.
- BRUGMANS, H. *La idea europea. 1920-1960*. Madrid. Moneda y Crédito. 1972.
- DELL, E. *The Schuman Plan and British Abdication of Leadership in Europe*. Oxford. Clarendon Press. 1995.
- KISSINGER, H. *Diplomacia*. Barcelona. Ediciones B. 1996.
- MACKINTOSH, J. P. *The British Cabinet*. Norwich. Fletcher & Son Ltd. 1977.
- SHLAIM, A. Jones, P. Sainsbury, K. *British Foreign Secretaries since 1945*. Londres, 1977.
- TAYLOR, P. J. *Geografía Política*. Madrid. Trama. 1994.
- TAYLOR, A. J. P. *Historia de Inglaterra. 1914-1945*. México. Fondo de cultura económica. 1989.
- URWIN, D. W. *The Community of Europe. A History of European Integration Since 1945*. Londres Longman. 1995;
- Western Europe since 1945: A Short Political History*. Londres Longman. 1981.
- YOUNG, J. W. *Britain, France and the Unity of Europe*. Leicester Leicester University Press. 1984.